

Mary Ann Shaffer y Annie Barrows

LA SOCIEDAD LITERARIA
DEL PASTEL DE PIEL DE
PATATA DE GUERNSEY

Traducción del inglés de
Cristina Martín Sanz

Título original: *The Guernsey Literary and Potato Peel Pie Society*

Ilustración de la cubierta: Mary Wethey / Arcángel Imágenes

Copyright © The Trust Estate of Mary Ann Shaffer & Annie Barrows, 2008
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-877-0

Depósito legal: B-7.944-2018

1ª edición, mayo de 2018

Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

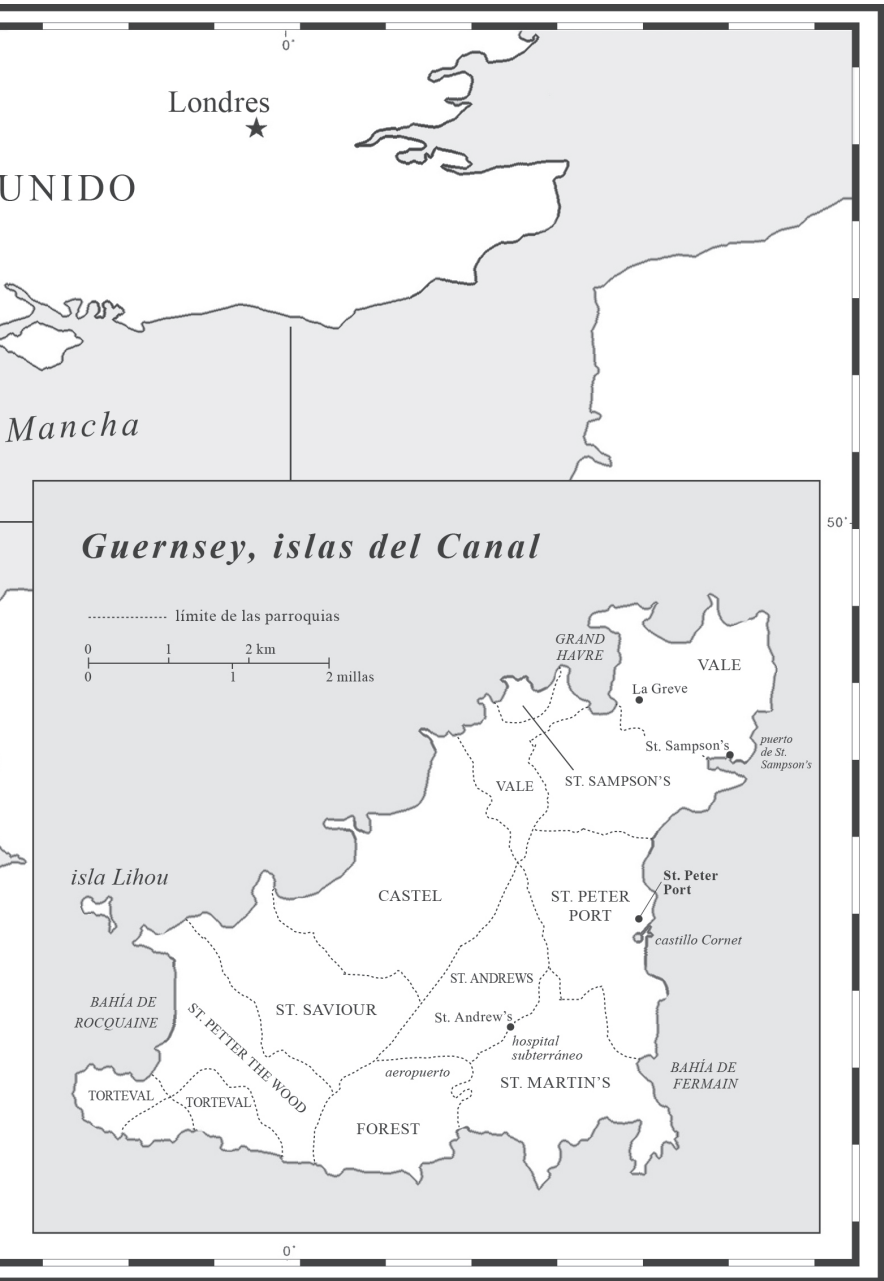
*Dedicada con cariño a mi madre, Edna Fiery Morgan,
y a mi querida amiga Julia Poppy*

M.A.S.

Y a mi madre, Cynthia Fiery Barrows

A.B.





PRIMERA PARTE

Sr. Sidney Stark, editor
Stephens & Stark Ltd.
21 St. James's Place
Londres S. W. 1
Inglaterra

8 de enero de 1946

Querido Sidney:

Susan Scott es maravillosa. Hemos vendido más de cuarenta ejemplares del libro, lo cual me resulta muy grato, pero mucho más emocionante desde mi punto de vista ha sido la comida. Susan se las arregló para hacerse con unos cupones de racionamiento y conseguir así azúcar glas y huevos de verdad para el merengue. Si todos sus almuerzos literarios van a alcanzar cotas tan altas, no me importaría ir de gira por todo el país. ¿Tú crees que una bonificación generosa haría que nos consiguiera mantequilla? Intentémoslo: el dinero lo puedes deducir de mis derechos de autor.

Y ahora viene la mala noticia. Me preguntaste qué tal iba mi nuevo libro. Simplemente no va, Sidney.

Flaquezas inglesas parecía muy prometedor al principio. Al fin y al cabo, deberían poder escribirse páginas y páginas acerca de la Asociación contra la Glorificación del Conejito Inglés. Encontré una fotografía del Gremio de Exterminadores de Alimañas en la que se los ve desfilando por una calle de Oxford con una pancarta que dice: «¡ABAJO BEATRIX POTTER!» Pero ¿qué se puede escribir bajo ese título? Nada, claro está.

Ya no quiero escribir ese libro, no tengo la cabeza ni el corazón en ello. Por más que adore a Izzy Bickerstaff —y la he adorado de verdad—, no quiero escribir nada más con ese pseudónimo. No quiero que me sigan considerando una periodista poco seria. Reconozco que hacer reír a los lectores durante la guerra, o por lo menos arrancarles una sonrisa, no fue poca cosa, pero ya no quiero seguir haciéndolo. Últimamente no encuentro dentro de mí ni el sentido de la medida ni el equilibrio, y bien sabe Dios que sin ambas cosas resulta imposible escribir humor.

Entretanto, me alegra mucho que Stephens & Stark esté ganando dinero con *Izzy Bickerstaff se va a la guerra*. Alivia los remordimientos de conciencia que tengo por el desastre de mi biografía de Anne Brontë.

Gracias por todo. Con cariño,

JULIET

P. D.: Estoy leyendo la correspondencia completa de la señora Montagu. ¿Sabes lo que le escribió esa triste mujer a Jane Carlyle? «Mi querida Jane, todos nacemos con una vocación, y la tuya es escribir notitas encantadoras.» Espero que Jane le escupiera a la cara.

De Sidney a Juliet

Srta. Juliet Ashton
23 Glebe Place
Chelsea
Londres S. W. 3

10 de enero de 1946

Querida Juliet:

¡Enhorabuena! Susan Scott me ha dicho que en el almuerzo te diste al público como un borracho se da a la bote-

lla de ron, y viceversa, así que, por favor, deja de preocuparte por la gira de la semana que viene. No me cabe la menor duda de que va a ser un éxito. Tras presenciar la emocionante interpretación que hiciste hace dieciocho años del poema «El joven pastor canta en el valle de la Humillación», sé que en cuestión de segundos tendrás a todos los oyentes metidos en el bolsillo. Un consejo: quizá en este caso, cuando termines, deberías abstenerte de arrojar el libro al público.

Susan está deseando llevarte por todas las librerías que hay desde Bath hasta Yorkshire. Y, por supuesto, Sophie está haciendo campaña a favor de que la gira se amplíe para que incluyamos también Escocia. Yo le he dicho, haciendo uso de mis exasperantes modales de hermano mayor, que eso aún está por ver. Te echa muchísimo de menos, lo sé, pero Stephens & Stark debe mostrarse impasible ante esos sentimientos.

Acabo de recibir las cifras de ventas de *Izzy* correspondientes a Londres y a los condados limítrofes, y son excelentes. ¡Enhorabuena otra vez!

No te preocupes por *Flaquezas inglesas*; es mejor que tu entusiasmo muera ahora que después de pasar seis meses escribiendo sobre conejitos. Las posibilidades comerciales de la idea eran atractivas, pero estoy de acuerdo en que el tema no hubiera tardado en volverse demasiado fantasioso. Ya se te ocurrirá otro, uno que te guste.

¿Cenamos algún día antes de que te vayas? Dime cuándo.
Un abrazo,

SIDNEY

P. D.: Escribes notitas encantadoras.

De Juliet a Sidney

11 de enero de 1946

Querido Sidney:

Sí, me encantaría. ¿Puede ser en algún sitio que esté junto al río? Quiero ostras, champán y rosbif, si es posible, y si no, valdrá con un pollo. Me alegro mucho de que las ventas de *Izzy* sean buenas. Pero ¿son lo bastante buenas como para que no tenga que hacer la maleta y marcharme de Londres?

Ya que S&S y tú me habéis convertido en una autora de éxito moderado, a la cena debo invitar yo.

Un abrazo,

JULIET

P. D.: No arrojé al público «El joven pastor canta en el valle de la Humillación». Se lo lancé a la profesora de oratoria. Mi intención era que le cayese a los pies, pero fallé.

De Juliet a Sophie Strachan

Sra. de Alexander Strachan
Feochan Farm
junto a Oban
Argyll

12 de enero de 1946

Querida Sophie:

Claro que me encantaría verte, pero soy una autómatas que carece de alma y de voluntad propias. Sidney quiere que vaya a Bath, Colchester, Leeds y otros lugares paradisíacos que en este momento no recuerdo, y no puedo escaparme sin más para irme a Escocia. Sidney frunciría el ceño, entornaría

los ojos y se marcharía ofendido. Y ya sabes lo angustioso que es que Sidney se ofenda.

Ojalá pudiera escabullirme para ir a tu granja y dejar que me mimaras. Me dejarías poner los pies en el sofá, ¿a que sí? Y luego me arroparías con una manta y me traerías un té. ¿Le importaría a Alexander tener una inquilina permanente en el sofá? Ya me has dicho que es un hombre con mucha paciencia, pero tal vez eso le resultara molesto.

¿Por qué me siento tan melancólica? Debería estar contenta ante la perspectiva de leer *Izzy* a un público cautivado. Ya sabes lo mucho que me gusta hablar de libros, y también lo mucho que me gusta recibir elogios. Debería estar ilusionada. Pero lo cierto es que estoy triste, más de lo que estaba durante la guerra. Todo está destrozado, Sophie: las calles, los edificios, la gente. Sobre todo la gente.

Lo más probable es que esto sea un efecto secundario de la horrible cena a la que asistí anoche. La comida fue espantosa, pero era de esperar. Lo que me puso nerviosa fueron los invitados: el grupo de personas más desmoralizante que he conocido en mi vida. La conversación giró en torno a las bombas y el hambre. ¿Te acuerdas de Sarah Morecroft? Pues estaba allí, un saco de huesos, con la carne de gallina y los labios pintados de rojo. ¿Verdad que antes era guapa? ¿No estaba loca por aquel jinete que había estudiado en Cambridge? A él no lo vi por ninguna parte; Sarah se ha casado con un médico de piel grisácea que chasquea la lengua antes de hablar. Y era la viva imagen del romance desenfrenado en comparación con mi compañero de mesa, que resultó ser un tipo soltero, supuestamente el último que debe de quedar en el mundo. ¡Dios, qué forma tan triste y mezquina de hablar la mía!

Sophie, te lo juro, creo que hay algo en mí que no funciona. Todos los hombres que conozco me resultan insoportables. A lo mejor debería bajar un poco el listón, no tanto como para quedarme con ese médico gris que hace ruido con la lengua, pero un poco sí. Ni siquiera puedo echarle la

culpa a la guerra... Nunca se me han dado bien los hombres, ¿verdad?

¿Tú crees que el encargado de la caldera de St. Swithin fue mi gran amor? Dado que nunca hablé con él, parece poco probable, pero por lo menos fue una pasión que no se vio mermada por la decepción. Y qué pelo tan bonito tenía, tan negro... Después de aquello, como recordarás, vino el «Año de los poetas». Sidney se mostró bastante mordaz con ellos, aunque no entiendo por qué, dado que me los presentó él. Luego llegó el pobre Adrian. Ay, a ti no hace falta que te recite todos mis temores, pero, Sophie, ¿qué me pasa? ¿Soy demasiado especial? Yo no quiero casarme sólo por casarme. No se me ocurre una soledad más grande que pasar el resto de mi vida con una persona con la que no pueda hablar, o, peor todavía, con la que no pueda estar en silencio.

Qué carta tan triste y quejosa... ¿Lo ves? He conseguido que te sientas aliviada de que no vaya a hacer un alto en Escocia. Pero, claro, también podría ser que sí; mi destino está en manos de Sidney.

Dale un beso a Dominic de mi parte y dile que el otro día vi una rata del tamaño de un terrier.

Un abrazo para Alexander y otro más grande para ti,

JULIET

De Dawsey Adams, Guernsey, islas del Canal, a Juliet

Srta. Juliet Ashton
81 Oakley Street
Chelsea
Londres S.W. 3

12 de enero de 1946

Apreciada señorita Ashton:

Me llamo Dawsey Adams y vivo en una granja situada en la parroquia de St. Martin's, en la isla de Guernsey. Sé de usted porque tengo un libro que en cierta época fue de su propiedad: *Ensayos escogidos de Elia*, de un autor cuyo nombre real era Charles Lamb. Su nombre y dirección, señorita Ashton, aparecían escritos en el interior de la cubierta.

Voy a hablarle claro: me encanta Charles Lamb. Y ya que el libro dice «escogidos», he pensado que quizá eso signifique que el autor ha escrito otras cosas entre las que escoger. Son obras que deseo leer, y aunque los alemanes ya se han marchado, en Guernsey no quedan librerías.

Quisiera pedirle un favor. ¿Podría mandarme el nombre y la dirección de alguna librería de Londres? Me gustaría pedir por correo alguna obra más de Charles Lamb. También quisiera preguntar si alguien ha escrito su biografía y, en tal caso, si podrían enviarme un ejemplar. A pesar de que tenía una mente brillante e incansable, me da la sensación de que dicho autor debió de sufrir una gran aflicción en su vida.

Charles Lamb me hizo reír durante la ocupación alemana, sobre todo cuando escribió sobre el cerdo asado. La Sociedad Literaria del Pastel de Piel de Patata de Guernsey nació a consecuencia de un cerdo asado que tuvimos que ocultar a los soldados alemanes, así que me siento muy cercano al señor Lamb.

Siento molestarla, pero aún lo sentiría más si no supiera nada de él, ya que su obra me ha convertido en amigo suyo.

Espero no haberla importunado,

DAWSEY ADAMS

P. D.: Mi amiga la señora Maugery compró un panfleto que también fue propiedad de usted. Se titulaba «¿Existió la zarza ardiente? Defensa de Moisés y los diez mandamientos». Le gustó mucho la anotación que escribió en el margen: «¿Palabra de Dios o control de masas?» ¿Llegó a decidirse?

De Juliet a Dawsey

Sr. Dawsey Adams
Les Vauxlarens
La Bouvée
St. Martin's, Guernsey

15 de enero de 1946

Apreciado señor Adams:

Ya no vivo en Oakley Street, pero me alegro mucho de que su carta haya llegado hasta mí y mi libro hasta usted. Me causó mucha tristeza desprenderme de los *Ensayos escogidos de Elia*. Tenía dos ejemplares y la apremiante necesidad de hacer hueco en la estantería, pero al venderlos me sentí como una traidora. Usted ha aliviado mis remordimientos de conciencia.

¿Cómo debió de llegar el libro a Guernsey? A lo mejor los libros tienen una especie de instinto secreto para acabar en el hogar de los lectores que resultan perfectos para ellos. Sería maravilloso que así fuera.

Como no hay nada que me guste más que rebuscar en las librerías, en cuanto recibí su carta fui de inmediato a

Hastings & Sons. Llevo años yendo allí y siempre encuentro el libro que busco... y otros tres que no sabía que estaba buscando. Le dije al señor Hastings que deseaba un ejemplar que estuviera en buenas condiciones (y no una edición especial) de *Más ensayos de Elia*. Se lo enviará por correo, con la factura incluida. Se quedó encantado cuando le comenté que también era admirador de Charles Lamb. Me dijo que la mejor biografía de Lamb es la de E. V. Lucas y que le buscará un ejemplar, aunque quizá tarde un poco en encontrárselo.

Entretanto, tenga la amabilidad de aceptar un pequeño obsequio de mi parte. Se trata de sus *Cartas escogidas*. Creo que a través de ellas podrá conocerlo mejor que con ninguna biografía. E. V. Lucas posee un estilo demasiado grave y formal para incluir en su libro el que es mi pasaje favorito de Lamb: «*Zzz, zzz, zzz, pum, pum, pum, fiu, fiu, fiu, tilín, tilín, tilín, ¡craaac!* Estoy seguro de que al final seré condenado. Llevo dos días seguidos bebiendo demasiado. Mi sentido de la moralidad está ya en las últimas, y mi religión se desdibuja.» Encontrará dicho pasaje en las *Cartas* (en la página 244). Fue lo primero que leí de Lamb y, me da vergüenza admitirlo, sólo compré el libro porque había leído por ahí que un tal Lamb había ido a la cárcel a ver a su amigo Leigh Hunt, que estaba encerrado por haber escrito un libelo contra el Príncipe de Gales.

Mientras estuvo allí, Lamb ayudó a Hunt a pintar el techo de la celda de color azul cielo con nubes blancas. A continuación, pintaron un rosal que trepaba por una de las paredes. Después, según descubrí, Lamb ofreció dinero a la familia de Hunt, y eso que él mismo era más pobre que una rata. También enseñó a la hija pequeña de Hunt a recitar el «Padrenuestro» al revés. Es normal que uno quiera saberlo todo de un hombre así.

Eso es lo que me encanta de la lectura: uno encuentra en un libro un detalle que le despierta interés, y ese detalle lo lleva a otro libro, y allí encuentra otro detalle que lo

lleva a un tercer libro. Es una progresión geométrica: sin un final a la vista y sin otro motivo que no sea el simple goce.

La mancha roja de la cubierta que parece sangre... en fin, es sangre. No tuve cuidado con el abrecartas. La postal que va dentro es una reproducción de un retrato de Lamb con su amigo William Hazlitt.

Si dispone de tiempo para cartearse conmigo, ¿le importaría responderme a unas preguntas? A tres en concreto. ¿Por qué tuvieron que ocultar un cerdo asado? ¿Cómo es posible que un cerdo diese lugar al nacimiento de una sociedad literaria? Y, lo más urgente de todo, ¿qué es un pastel de piel de patata y por qué está incluido en el nombre de esa sociedad?

He alquilado un piso en el número 23 de Glebe Place, Chelsea, Londres S.W. 3. Mi apartamento de Oakley Street fue bombardeado el año pasado y todavía lo echo de menos. Era precioso, veía el Támesis desde tres de sus ventanas. Sé que soy afortunada por tener un sitio en el que vivir en Londres, pero prefiero quejarme en lugar de dar gracias. Me alegra que haya pensado en mí para que lo ayude a buscar *Elia*.

Atentamente,

JULIET ASHTON

P. D.: No llegué a decidirme respecto a lo de Moisés, todavía me tiene preocupada.

De Juliet a Sidney

18 de enero de 1946

Querido Sidney:

Ésta no es una carta normal, sino que es para pedirte disculpas. Te ruego que perdone mis quejas sobre los tés y

los almuerzos que organizaste para promocionar *Izzy*. Si te llamé «tirano», lo retiro. Adoro Stephens & Stark por haberme sacado de Londres.

Bath es una ciudad preciosa, con sus encantadoras calles en forma de herradura bordeadas de casitas de color blanco, en vez de los edificios renegridos y tristes de Londres o, peor todavía, los montones de escombros que antes eran edificios. Es una maravilla respirar aire limpio y fresco, libre de humo de carbón y de polvo. Hace frío, pero sin la humedad que hay en la capital. Incluso la gente que se ve por la calle parece distinta: caminan erguidos, igual que sus casas, y no encorvados y con los rostros cenicientos de los londinenses.

Susan me ha dicho que los invitados al té del libro de Abbot disfrutaron muchísimo, y yo también. Pasados dos minutos, logré despegar la lengua del paladar y empezar a sentirme a gusto.

Susan y yo partimos mañana para visitar librerías de Colchester, Norwich, King's Lynn, Bradford y Leeds.

Un abrazo y gracias,

JULIET

De Juliet a Sidney

21 de enero de 1946

Querido Sidney:

¡Viajar de noche en tren vuelve a ser maravilloso! Ya no hay que estarse horas de pie en los pasillos, ni cambiar de vía para dejar pasar un tren militar, y lo mejor de todo es que ya no hay cortinas opacas. Todas las ventanas por las que pasamos estaban iluminadas, y una vez más pude fisgonear. Lo eché muchísimo de menos durante la guerra, era como si todos nos hubiéramos convertido en topos que correteáramos cada uno por nuestro túnel particular. No me considero

una auténtica mirona, puesto que los mirones de verdad se interesan por los dormitorios, mientras que lo que me emociona a mí es ver a las familias en los salones y las cocinas. Imagino su vida entera con sólo vislumbrar por un momento una estantería, un escritorio, una vela encendida o un cojín de colores vivos en el sofá.

Hoy, en la librería Tillman, me he encontrado con un tipo desagradable y condescendiente. Después de hablar sobre *Izzy*, he preguntado si alguien tenía alguna duda, y él, literalmente, ha saltado de la silla para ponerse frente a mí y me ha dicho que cómo era posible que yo, siendo mujer, me hubiera atrevido a deshonrar el apellido de Isaac Bickerstaff. «El auténtico Isaac Bickerstaff, un periodista célebre, diría más, el alma y el corazón de la literatura del siglo XVIII, ya difunto, y ahora usted profana su nombre.»

Antes de que yo pudiera articular palabra, se ha levantado una mujer que estaba en la última fila y ha exclamado: «¡Oh, por favor, siéntese! ¡No se puede profanar el nombre de una persona que no ha existido! ¡No está muerto, porque nunca ha estado vivo! ¡Isaac Bickerstaff era el pseudónimo que utilizaba Joseph Addison para escribir su columna en el *Spectator*! La señorita Ashton es muy libre de adoptar el nombre falso que quiera, ¡de modo que cierre el pico!» El valiente defensor se ha marchado a toda prisa de la librería.

Por cierto, Sidney, ¿conoces a un tal Markham V. Reynolds, hijo? Si no lo conoces, ¿te importaría buscarlo por mí en el *Quién es Quién*, en el registro catastral o en Scotland Yard? Si no lo encuentras en ninguno de esos sitios, puede que simplemente figure en el listín telefónico. Me envió un ramo precioso de flores de primavera al hotel de Bath, una docena de rosas blancas al tren y un montón de rosas rojas a Norwich, todas sin mensaje, acompañadas tan sólo de una tarjeta con su nombre.

A todo esto, ¿cómo sabe ese individuo dónde nos alojamos Susan y yo y qué trenes tomamos? En los tres casos me

he encontrado las flores esperándome, nada más llegar. No sé si sentirme halagada o acosada.

Un abrazo,

JULIET

De Juliet a Sidney

23 de enero de 1946

Querido Sidney:

Susan acaba de pasarme las cifras de ventas de *Izzy*, y me cuesta trabajo crearlas. Si te soy sincera, pensaba que todo el mundo estaría tan cansado de la guerra que a nadie le apetecería recordarla, y menos aún en un libro. Por suerte, y una vez más, tú tenías razón y yo estaba equivocada (aunque me fastidia reconocerlo).

Viajar, hablar ante un público cautivado, firmar libros y conocer gente nueva es muy estimulante. Las mujeres que he conocido me han contado tantas anécdotas de la guerra que casi desearía continuar escribiendo la columna. Ayer mantuve una charla muy agradable con una mujer de Norwich. Tiene cuatro hijas ya adolescentes y justo la semana pasada a la mayor de ellas la invitaron a merendar en la escuela de cadetes que hay allí. Ataviada con su mejor vestido y unos guantes de un blanco inmaculado, la chica fue hasta la escuela, cruzó la puerta, recorrió con la mirada el mar de rostros resplandecientes que tenía ante sí... ¡y se desmayó! La pobre-cilla nunca había visto tantos hombres juntos en un mismo sitio. Imagínate, hay una generación entera que ha crecido sin bailes, meriendas ni coqueteos.

Me encanta ir a las librerías y conocer a los librereros; están hechos de una pasta especial. Nadie en su sano juicio aceptaría trabajar de dependiente en una librería con el sueldo que se cobra, y nadie en su sano juicio querría ser el propietario de una de ellas, porque el margen de benefi-

cios es demasiado pequeño. Así que tiene que ser el amor por los lectores y por la lectura lo que los empuja a hacerlo, junto con la posibilidad de ser los primeros en ojear las novedades.

¿Te acuerdas del primer empleo que tuvimos tu hermana y yo en Londres, en la librería de segunda mano de aquel tipo tan cascarrabias, el señor Hawke? Yo lo adoraba. Abría una caja de libros, nos pasaba uno o dos y nos decía: «Nada de ceniza de cigarrillos, las manos limpias y, por el amor de Dios, Juliet, ¡no se te ocurra escribir notas en los márgenes! Sophie, cariño, no le permitas que tome café mientras lee.» Y así nos íbamos nosotras con libros nuevos para leer.

Ya me asombraba entonces, y sigue asombrándome ahora, que muchas de las personas que entran en una librería en realidad no sepan lo que andan buscando y que simplemente quieran echar un vistazo con la esperanza de encontrar algo que les llame la atención. Y luego, como son lo bastante inteligentes como para no fiarse de lo que dice el texto de la contracubierta, le hacen tres preguntas al dependiente: 1) ¿De qué trata? 2) ¿Lo ha leído? 3) ¿Vale la pena?

Los libreros de verdad, los que lo llevamos en la sangre —como Sophie y yo—, no sabemos mentir. Siempre nos delata la expresión de la cara. Un gesto como elevar una ceja o torcer el labio revela que el libro dista mucho de ser bueno, y los clientes listos piden que les recomendemos otra cosa, tras lo cual casi los arrastramos hasta un volumen en concreto y les aconsejamos que lo lean. Si lo hacen y no les gusta, no volverán, pero si les gusta, serán clientes de por vida.

¿Estás tomando nota? Deberías, porque un editor no debería enviar a las librerías un solo ejemplar, sino varios, para que también puedan leerlo todos los empleados.

El señor Seton me ha dicho hoy que *Izzy Bickerstaff* es el regalo ideal tanto para alguien que te cae bien como para alguien que te cae mal pero a quien le tienes que regalar algo de todas formas. También me ha asegurado que el treinta por

ciento de todos los libros que se compran son para regalo. ¿¿El treinta por ciento?? ¿Será verdad?

¿Te ha dicho Susan que, además de dirigir la gira, me dirige a mí? A la media hora de conocernos ya me dijo que el maquillaje, la ropa, el pelo y el calzado que llevo son de lo más aburrido. Que si no me he enterado de que ya se ha terminado la guerra.

Me llevó a Madame Helena a que me cortaran el pelo; ahora lo llevo corto y rizado en vez de largo y liso. También me hicieron reflejos de un tono algo más claro; tanto Susan como madame Helena dijeron que realzarían el color dorado de mis «preciosos rizos castaños». Pero sé que no es por eso, sino para cubrir las canas (cuatro, he contado) que han empezado a salirme. Compré también una crema para la cara, una crema de manos que olía muy bien, un lápiz de labios y un rizador de pestañas que me hace bizquear cada vez que lo uso.

A continuación, Susan me sugirió que me comprase un vestido. Le recordé que la reina iba la mar de contenta con su vestuario de 1939, y que por lo tanto yo también. Me replicó que la reina no necesitaba impresionar a los desconocidos, mientras que yo sí. Sentí que estaba traicionando a la Corona y a mi país; ninguna mujer decente tiene ropa nueva. Pero se me olvidó todo en cuanto me vi en el espejo. El primer vestido que estrenaba en cuatro años, ¡y qué vestido! Tiene exactamente el color de un melocotón maduro y una caída divina cuando me muevo. La dependienta dijo que tenía un estilo «chic francés» y que también lo tendría yo si me lo compraba. Así que me lo compré. Los zapatos, sin embargo, van a tener que esperar, porque me he gastado en el vestido casi el equivalente a un año de cupones de racionamiento para ropa.

Entre Susan, el pelo, el maquillaje y el vestido, ya no parezco una persona de treinta y dos años apática y desaliñada; ahora soy una mujer de treinta, llena de vida, elegante y «*haute-couturée*» (si esto no es una palabra francesa, debería serlo).

A propósito de mi vestido nuevo y mis zapatos viejos: ¿no es raro que suframos un racionamiento más estricto después de la guerra que durante la misma? Soy consciente de que por toda Europa hay cientos de miles de personas a las que es necesario procurar alimentos, vivienda y ropa, pero, entre tú y yo, me molesta que muchos de ellos sean alemanes.

Sigo sin ideas para el libro que quiero escribir, y eso está empezando a deprimirme. ¿Tienes alguna sugerencia?

Dado que estoy en lo que yo considero el norte, esta noche llamaré a Sophie a Escocia. ¿Algún mensaje para tu hermana, tu cuñado o tu sobrino?

Ésta es la carta más larga que he escrito en mi vida, no es necesario que respondas con otra igual.

Un abrazo,

JULIET

De Susan Scott a Sidney

25 de enero de 1946

Querido Sidney:

No te creas lo que dicen los periódicos. No detuvieron a Juliet ni se la llevaron esposada. Simplemente la amonestó un agente de policía de Bradford que a duras penas se aguantaba la risa.

Sí que le arrojó una tetera a Gilly Gilbert a la cabeza, pero no le creas cuando afirma que lo escaldó: el té estaba frío. Además, fue más bien un roce que un impacto directo. Incluso el director del hotel rechazó que lo indemnizáramos por la tetera, que sólo quedó un poco abollada. Sin embargo, debido al griterío que armó Gilly, el hombre se vio obligado a llamar a la comisaría.

Hasta aquí la historia, de la cual me responsabilizo por completo. Debería haber rechazado la petición de Gilly de entrevistar a Juliet. Sé que es una persona aborrecible, uno

de esos gusanos empalagosos que trabajan para el *London Hue and Cry*. También sé que Gilly y dicho periódico están celosos del éxito que ha conseguido el *Spectator* con la columna de Izzy Bickerstaff, y también de Juliet.

Acabábamos de regresar al hotel, una vez terminada la fiesta que habían organizado los de Brady's Booksmith en honor a Juliet. Las dos estábamos cansadas —y muy contentas y satisfechas— cuando de pronto se levantó Gilly de un sillón del salón y nos pidió que tomásemos un té con él. Nos rogó que le concediéramos una breve entrevista con «la maravillosa señorita Ashton, ¿o debería más bien decir “la Izzy Bickerstaff de Inglaterra”?» Ya sólo esas zalamerías deberían haberme puesto sobre aviso, pero no fue así; quería sentarme, alardear del éxito de Juliet y tomarme un té con pastas.

Y eso fue lo que hicimos. La conversación transcurría bastante bien, y yo estaba perdida en mis pensamientos cuando de pronto oí que Gilly decía: «Usted también es viuda de guerra, ¿no es cierto? O, mejor dicho, casi viuda de guerra. Iba a casarse con el teniente Rob Dartry, ¿no es así? Ya había hecho algunos preparativos para la ceremonia, ¿verdad?» «Perdón, ¿cómo dice, señor Gilbert?», respondió Juliet. Ya sabes lo educada que es.

«No estoy equivocado, ¿no? Usted y el teniente Dartry solicitaron una licencia de matrimonio. Les dieron cita para contraer matrimonio en el Registro Civil de Chelsea el 13 de diciembre de 1942, a las once de la mañana. Reservaron una mesa para almorzar en el Ritz, sólo que usted no llegó a presentarse a ninguno de esos actos. Es obvio que dejó al teniente Dartry plantado en el altar, pobre hombre, tras lo cual tuvo que regresar a su barco, solo y humillado, y llevarse su corazón destrozado a Birmania, donde halló la muerte apenas tres meses más tarde.» Me incorporé en el asiento, boquiabierto, y me quedé mirando la escena, impotente, mientras Juliet intentaba ser cortés: «No lo dejé plantado en el altar, sino el día anterior. Y no se sintió humillado, sino aliviado. Simplemente le dije que, después de todo, no que-

ría casarme. Créame, señor Gilbert, se marchó muy feliz, contento de haberse librado de mí. No se refugió en su barco solo y traicionado, sino que se fue directo al Club CCB y se pasó toda la noche bailando con Belinda Twining.»

Pues bien, Sidney, a pesar de lo sorprendido que estaba, Gilly no se acobardó. Los pequeños roedores como él nunca lo hacen, ¿a que no? Enseguida adivinó que estaba a punto de destapar una historia todavía más jugosa para su periódico.

«¡Vaya, vaya! —soltó con una sonrisita—. ¿Qué fue entonces? ¿El alcohol? ¿Otras mujeres? ¿Un toque del bueno de Oscar Wilde?»

Ahí fue cuando Juliet le lanzó la tetera. No te imaginas el alboroto que se armó a continuación. El salón estaba lleno de gente que también tomaba té; por eso, no me cabe la menor duda, la historia llegó a oídos de los periódicos.

En mi opinión, el titular «¡JZZY BICKERSTAFF SE VA A LA GUERRA DE NUEVO! Reportero resulta herido en una reyerta con pastas de té en un hotel» sonaba un tanto duro, pero no demasiado. En cambio «EL ROMEO FALLIDO DE JULIETA: UN HÉROE CAÍDO EN BIRMANIA» me pareció escandaloso, incluso para Gilly Gilbert y el *Hue and Cry*.

A Juliet la preocupa que esto pueda haber dejado en mal lugar a Stephens & Stark, pero es que está harta de que vapuleen de ese modo el nombre de Rob Dartry. Lo único que conseguí que me dijera es que Dartry era buena persona, muy buena persona, que nada de aquello había sido culpa de él y que no se merecía lo que estaba pasando.

¿Tú sabías lo de Rob Dartry? Está claro que lo del alcohol y Oscar Wilde son tonterías, pero ¿por qué anuló Juliet la boda? ¿Sabes el motivo? ¿Me lo dirías si lo supieras? Claro que no; no sé ni por qué te lo pregunto.

Los chismorreos irán atenuándose, sin duda, pero ¿tendría que estar Juliet en Londres mientras se encuentran en todo su apogeo? ¿Convendría que ampliásemos la gira hasta Escocia? Reconozco que no sé qué hacer; allí las ventas han

sido espectaculares, pero Juliet ha trabajado mucho en todos esos encuentros para tomar el té y almorzar, no es fácil ponerse frente a una sala repleta de desconocidos y empezar a elogiar tu libro y tu persona. Ella no está acostumbrada a este ajetreo como yo, y la veo muy cansada.

El domingo estaremos en Leeds, así que para entonces dime algo sobre lo de Escocia.

Gilly Gilbert es un ser despreciable y vil, y espero que acabe mal, pero ha situado *Izzy Bickerstaff se va a la guerra* en la lista de los más vendidos. Me siento tentada de escribirle una nota de agradecimiento.

Apresuradamente tuya,

SUSAN

P. D.: ¿Has averiguado ya quién es Markham V. Reynolds? Hoy le ha enviado a Juliet un ramo enorme de camelias.

Telegrama de Juliet a Sidney

SIENTO MUCHÍSIMO HABEROS DEJADO EN MAL LUGAR A TI Y A STEPHENS & STARK. ABRAZO. JULIET.